

despues el primer batallon del mismo, y por último, los regimientos de caballería 4° y 7°.

A las dos de la tarde tuvo lugar una gran convivialidad en la quinta de campo, propiedad del Sr. Gregorio Jimenez, concurriendo 88 personas.

El C. Gral. Porfirio Diaz no pudo concurrir porque habiendo sido atacado de una nevralgia, desde las primeras horas de la mañana, se agravó ésta á consecuencia de haber estado con la cabeza descubierta recibiendo los rayos del sol durante la ceremonia que queda descrita. Este sensible acontecimiento privó á la concurrencia de la honra de tenerlo en su seno durante el almuerzo, pero al terminar éste, el general se presentó algo restablecido de aquella enfermedad.

Este convite fué obsequiado por el Gobierno del Estado, y las esquelas de invitacion estaban concebidas en estos términos:

"El Gobierno del Estado, en obsequio del C. Gral. de Division Porfirio Diaz, dará un almuerzo en la quinta del Sr. Gregorio Jimenez, sita en la Presa de la Olla de esta ciudad, el viérnes 28 del actual, á la una de la tarde.

"Suplicamos á vd, á nombre del mismo Gobierno, se sirva honrar con su presencia la fiesta indicada.

"Guanajuato, 27 de Octubre de 1881.—*Joaquin Chico.—Gregorio Jimenez;—Francisco de P. Castañeda.—José Mena.—José Palacios.—Ignacio Ibarguengoitia.—Luis Robles Rocha.—Ignacio G. Rocha.—Juan G. Barrajas.*"

La mesa fué presidida por el C. Gobernador, y á ella concurrieron los generales de la Federacion con mando de fuerzas en aquel Estado; los jefes superiores de las armas en Guanajuato; los ciudadanos diputados á la Legislatura del Estado; algunos de los Magistrados del Supremo Tribunal; los jefes de las oficinas de aquella capital; los empleados civiles, federales y las personas más respetables y distinguidas de aquella localidad.

En la noche, el Gral. Diaz fué obsequiado por el Sr. Lic. Joaquin Chico, con un teé que se sirvió en la casa de éste. Siento no dar pormenores por no haber tenido la honra de concurrir.

"Serian las diez de la mañana cuando el general visitaba la Casa de Moneda, y los accionistas principales de aquella negociacion hacian los honores de la casa con verdadera cortesanía.

Mostráronle la magnífica maquinaria que allí existe, haciéndola funcionar de manera que pudiera agradarse observando sus diversas funciones. Enseñáronle las diversas oficinas establecidas, que todas se encuentran en perfecto arreglo, en donde los empleados y operarios desempeñan las labores respectivas con silencio, inteligencia y actividad.

En su presencia se acuñaron varias medallas de oro del peso de una onza, que obsequiaron con una al general y con otra al gobernador, así como otras iguales de plata que regalaron á las demás personas presentes.

Con veinticuatro horas de anticipacion habian sido comenzados á grabar los troqueles por el inteligente Sr. Campa, empleado del establecimiento, quien en tan corto espacio de tiempo pudo concluirlos para que la acuñacion se hiciera en aquellos momentos.

El Sr. gobernador, tan luego como recibió la suya, suplicó al general se sirviera presentarla al Presidente de la República, como una demostracion de afectuoso recuerdo. Esta galantería, revela la finura que caracteriza todos los actos del Sr. Muñoz Ledo.

En dichas medallas se ve por el anverso, esta inscripcion:

La Junta Directiva de la Compañía Guanajuatense-Zacatecana, al general Porfirio Diaz. Y por su reverso: En recuerdo de su visita á la casa de moneda de Guanajuato. Octubre 29 de 1881.

Sirviose despues un ligero *lunch* con lo que terminó la visita.

A la una en punto; el Sr. Diaz se encontraba en casa de Wenceslao Rubio quien lo habia invitado, más que en su calidad de antiguo partidario, en la de su amigo de corazon y en esta última calidad, al Sr. Manuel Muñoz Ledo.

Treinta amigos de su confianza, debiamos acompañar en la mesa á aquellos buenos amigos, para formar una reunion familiar, de verdadera intimidad. Allí, no eran los hombres públicos los que debian encontrarse; todos, comenzando por el Sr. Diaz, olvidaron sus relevantes méritos ó su alta posicion política, ó su honroso grado militar: aquella reunion era simplemente de hermanos.

Esta fué la idea de nuestro anfitrión; y conforme á sus deseos, tomamos posesion de la casa, considerándola desde luego, como nuestro hogar.

Los honores de la mesa correspondieron á la amabilísima Sra. Trinidad Benavente, esposa de Wenceslao, quien los desempeñó con su acostumbrada delicadeza.

La distinguida Sra. de Muñoz Ledo, la apreciable Sra. de Jimenez y la simpática Srita. Cármen Rocha y Rubio, fueron las otras tres damas que engalanaron con su presencia el festín de la familia.

Tranquila y amena conversacion reinó durante aquel almuerzo, tan espléndidamente confeccionado y en donde se sirvieron tan ricos vinos. En esto, pareció ser el hogar de un Nabab; pero en todo lo demás, no se veia sino sencilla y cariñosa confraternidad.

«A las seis de la tarde, con motivo de la galante invitacion del respetable Sr. Luis Robles Pezuela, Presidente del Casino, concurrieron el general y algunos individuos de su comitiva á aquel centro de distraccion, gozando en él, de amable conversacion, muy de esperarse de tan caballerosas personas.

El general tuvo que abandonar pronto tan agradable reunion, porque en la misma noche debia de verificarse en la casa de mi buen amigo Francisco de P. Rubio, un baile que le dedicaba en union de los Sres. J. B. Cas-

telazo, Francisco P. Castañeda, Ramon Alcázar, Ignacio Ibarguengoitia y Francisco Parkmann, accionistas de la Compañía Guanajuatense-Zacatecana.

A las nueve de la noche, el Sr. Francisco de P. Rubio, abria sus salones. Media hora despues, llegaba yo frente á la casa del mencionado caballero, prevenido con mi tarjeta de invitacion.

Ví en la calle un grupo de esos individuos que en todas partes existen y que con poco se satisfacen. No pertenecian al número de los elegidos, y se consolaban de su pequeñez social, curioseando lo que á su vista se presentaba del adorno del simétrico patio de la casa; mirando las bellas damas que descendiendo de los carruajes, violentamente cruzaban frente á ellos, como una exhalacion; embobados al vislumbrar una pequeña parte de los elegantes trajes que aquellas llevaban, pues la mayor, ocultábase bajo celosos abrigos; y representando por último, la alta y baja marea, con necesarias y violentas ondulaciones, para evitar ser atropellados por los fogosos caballos que tiraban de los carruajes que llegaban.

Penetré. El patio habia dejado de serlo, para convertirse en un vistoso jardin. Copados arbustos; perfumadas flores de raros injertos, resultado de las ingeniosas combinaciones del afanoso orticultor; olorosas ramas de ciprés; plantas parásitas que descolgaban sus delgadas fibras, cubiertas de abundantes y menudas hojas; y por último, hermosas yedras con profusas guías que se enlazaban las unas con las otras, formando festones, tapizando el patio, cubriendo sus paredes y ocultando sus esbeltas columnas.

Una fuente de hierro de caprichosa forma, descollaba en el centro, ornada con guirnaldas de aromosas flores, rodeada de plantas acuáticas, cubiertas casi con afligranadas enredaderas cuajadas de pintadas florecillas; refrescadas constantemente por el agua, que saltando á grande altura descendia sobre sí misma, chocando con

los ornatos de la fuente, derramándose por los recipientes y formando una catarata de pequeñísimas gotas, que heridas por las mil luces que alumbraban aquel espléndido jardín, presentaban los colores del iris en no interrumpida sucesión, y venían á perderse en el último recipiente, ocultándose para siempre á la extasiada vista del espectador, que entonces se fijaba en el sin número de lentejuelas de oro, sobre fondo de blanco lienzo que cubrían materialmente la superficie de las avenidas que servían para transitar por el jardín.

Hacia el fondo de éste; descubriase una gruta de rústico aspecto, que parecía impregnada de fresco ambiente; de cuya bóveda descendían, á manera de estaláctitas, agrupaciones de heno, gruesas en la altura y que iban disminuyendo conforme descendían, hasta adelgazarse y perderse á la vista.

Allí hubiera permanecido, si no hubieran llegado á mis oídos los ecos lejanos de la orquesta, que comenzaba á ejecutar un wals. Entónces, comprendí la invitación que á él nos ha legado Weber.

Arresguéme por la amplia escalera, llena de luz, que era despedida por estéricas bujías, colocadas en elegantes candelabros de bronce, sustentados por blancas columnas y que irradiaba sobre las perfumadas flores y aromáticas plantas, que en elegantes tiestos, colocados á uno y otro lado, sobre cada peldaño, ascendían hasta la mayor altura de aquella escalera, tapizada con mullida alfombra roja, de angosto pasillo blanco, y la cual daba acceso á cuatro amplios corredores, por donde seguían extendiéndose los macetones, llenando aquellos con el caprichoso y profuso follaje de sus verdes plantas.

Aquel nuevo recinto estaba iluminado por un cristalino candil lleno de luces, aumentándose la claridad de estas, con los incontables reflejos de innumerables prismas, heridos en sus mil y mil facetas.

De los barandales de hierro, fundido con caprichosísimos ornatos, partían columpeantes hilos, tupidos de

farolitos venecianos de caprichosas formas y de variados colores, que iban á reunirse á grande altura, formando un obelisco resplandeciente como el día.

Grupos de elegantes damas, de bellas señoritas, de caballeros y jóvenes, dirigíanse por los corredores hacia la gran puerta del salón del baile, depositando antes sus abrigos y demás accesorios en un gabinete preparado al efecto, en el primer piso de la casa.

Siempre que por la primera vez penetro en un salón de baile, me encuentro turbado. La muger, en la vida común, no parece ser la misma que se presenta á mi vista en "una *soirée dansante*." Temo presentarme ante ella; figúraseme que estoy empequeñecido y que no soy digno de presentarme ante sus refulgentes miradas; creo que entonces su bondadosa amabilidad ha desaparecido y solo está presente su orgullo de sociedad. Detúveme un momento: las aristocráticas cuadrillas, con sus elegantes figuras, con sus medidos pasos, con sus acompasados giros, con sus caballerosas presentaciones, corteses saludos y frágiles cadenas, presentaban en aquel momento un conjunto encantador de severo baile.

Las bellísimas jóvenes, las tiernas polluelas, casi no tomaban parte en aquella pieza; parecía que su hora no había llegado aún. Las señoras eran las que bailaban, como indicando á sus hijas ó á sus hermanas menores, que las reglas sociales les ordenaban darles el ejemplo, que no las harían esperar, pues más gozarían mirando lo calurosamente que serían imitadas por ellas.

Era casi una promesa de abandonarles el campo, no en derrota y confusión, sino en honrosa retirada. Así lo hicieron.

Galana mazurka, fué honrada en seguida, marcando el tiempo de los graciosos movimientos de las bellísimas jóvenes allí reunidas, haciendo más visible su encantador donaire, sus delicadas formas, sus sedosos cabellos, sus locuaces ojos y sus piés imperceptibles.

Los deslumbradores brillantes, las lucientes esmeral-

das, los encendidos rubíes, los oscuros zafiros y las esféricas perlas, brillaban en aquel momento al derredor del salon sobre los muelles sofaes, sobre las voluptuosas góndolas y sobre las doradas sillas de aquel mueble tapizado de azul y oro. El centro lo ocupaban solamente las cándidas azucenas, las ruborosas violetas, las finas acacias, las perfumadas mosquetas.

Bien pronto, habia pasado rápida aquella pieza; como rápida pasa el ave viajera

Entonces los azogados abanicos de multicolores plumas, de finísimos calados, de graciosas miniaturas, guardados de ébano, de concha, de marfil ó de perfumado sándalo, hicieron ondular el aire, produciendo una atmósfera más suave que la del tranquilo mar, acariciado por vivificadora brisa.

Aquello era una tregua en el combate.

Esa division, casi metafísica del tiempo que mide cada instante en tres iguales intervalos y que se llama wals, comenzó bien pronto á ejecutarse por la sonora orquesta, interpretando una de las voluptuosas producciones del inspirado Waldteufel.

Los caballeros, apresuráronse á ofrecer el brazo á sus bellas parejas, que media hora antes les habian prometido aquel momento de suprema felicidad, tan deseado; tan esperado y tan minuciosamente registrado en las etiquetas de rigor, siempre mal escritas, pues el que hace allí un apunte, está trémulo de placer por la inapreciable concesion que acaba de hacersele.

Violentas como el huracan, pasaban unas parejas: vertiginosos giros de prolongadas caudas que ostentaban otras gallardas jóvenes enlazadas á sus caballeros, como la vid al olmo, perturbaban la vista. Precipitada fuga cual la de una corza herida, imprimia movimiento á otras y otras más; y brilladores ojos, sonrientes labios y palpitantes pechos y diminutos piés en constante movimiento, en rápidos giros, en interminables vueltas; formaban ese soñado encanto, esa arrebatadora ilusion, ese

bello ideal de felicidad, que acaricia el pensamiento de toda belleza de tres lustros.

Figurábaseme ser presa del atrayente Maelstrom, que en violenta espiral, que se estrecha por momentos cada vez con mayor rapidez, iba á hacer naufragar mi razon, fascinada, enloquecida ya, por tanta belleza, por tanto encanto, por tan incomparable donosura.

Los acordes cesaron. Ya era tiempo; con un momento más hubiera rebosado la copa del placer.

Espumoso néctar, humedeció entónces los purpurinos labios de las bellas.

¡Bandera blanca! ¡Suspension de hostilidades! ¡Tregua pactada!

La espléndida cena está servida.

Multitud de pequeñas mesas, colocadas en agradable desórden, ostentaba cada una tres cubiertos y era ocupada por dos damas y un caballero, que galante, las servía. Quién de éstos revelaba en su semblante lo agrado que estaba en su compañía; quién, sin olvidar sus deberes sociales, dirigia insistentes miradas hácia otra mesa contigua: quién dejaba comprender, por una contraccion de labios á tiempo reprimida, que la pasion más suspicaz que tortura el corazon humano, hacia presa del suyo, y quien por su alegre semblante demostraba la tranquilidad de su alma, alejada de las candentes pasiones del espíritu.

¡Espléndido festin!

Recamier hubiera perdido allí su crédito; hubiera tenido que confesar su ignorancia. El arte culinario habia triunfado en Guanajuato. El vetusto Matusalem no vivió los años que llevaban de guardados los generosos vinos que allí se escanciaron. El mas consumado arqueólogo no hubiera podido descifrar la época de su existencia dentro de la cava.

Las hermosas damas y las adorables jóvenes ya están nuevamente en el salon del baile; ningun caballero falta allí.

La tregua solo sirvió para aumentar la entusiasta adoración á Terpsicore.

Animación siempre creciente, festiva alegría, bullicioso movimiento.

Pero todo se acaba. El baile concluyó, no por el cansancio ni por el triste resultado del agotamiento del placer, sino porque el planeta en que vivimos, sin preocuparse de nuestra felicidad, había verificado el movimiento de un cuarto de círculo sobre sí mismo, desde que aquel comenzara. Eran las tres de la mañana. Bien pronto no quedó del baile mas que una inmensa cauda, cual de colosal cometa, evaporándose en el espacio de 2,250 leguas, formada de las emanaciones de palpitantes recuerdos, de dulces pensamientos, de arrobadoras miradas, de ilusiones quizá desvanecidas; cuyo luminoso núcleo estaba formado por nuestro agradecimiento al recibir tantas distinciones, tantas finezas, tantas galanterías, tan indescriptibles amabilidades.

A las tres y media de la madrugada del domingo 30, despues de un buen desayuno servido en Palacio, el Gral. Díaz, acompañado del Gobernador, de la comitiva de aquel y de veinte personas más, salió de la capital del Estado con rumbo á Celaya.

A las siete y tres cuartos de la noche del 1° de Noviembre, llegamos á la estación de Buenavista en donde el general fué recibido entre otras personas, por un ayudante del Sr. Presidente, que iba en representación de este alto Magistrado.

Nuestro viaje había terminado. Recuerdos agradables de diez días amenamente trascurridos, era lo que nos quedaba de él, y á mí, en lo particular, el grato propósito de consignar estas mis impresiones de viaje.

1881.—*Octubre.*

D. Francisco Jimenez no obstante la unánime opinión contraria, y á pesar de haberse puesto como dijimos ha-

ce poco, por un exceso de precaucion, los cinchos de fierro al pilar de la Compañía, denuncia como ruinosa la obra de este templo ante el Ayuntamiento de la Capital.

Como era natural, esta se mandó suspender; entretanto dos personas de reconocida ciencia y de absoluta imparcialidad, rendian sobre el asunto un concienzudo informe.

Estas personas fueron los Sres. Sub-ingenieros del ferrocarril central, los cuales para proceder con acierto, levantaron planos, reconocieron la pesantez y calidad de los materiales de construcción empleados en la obra, y practicaron escrupulosamente otros varios reconocimientos; y despues de todo esto presentaron su dictamen, ampliamente favorable á la solidez de la obra.

1881.—*26 de Noviembre.*

D. Ramon Servin y D. Jacobo Saavedra, al venir de la Presa en un carruaje, á las 8 de la noche disparan sus armas al pasar frente á la casa del gobernador Muñoz Ledo.

Tal suceso causa terrible alarma en toda la ciudad, pues se considera como una tentativa de asesinato contra aquel funcionario: Servin y Saavedra son aprehendidos por la policía; y aunque no se consigue aclarar plenamente cual fué su intento, sufren una prolongada prision.

1881.—*3 de Diciembre.*

Se cierra la primera de las diez y seis ojivas que decoran el dombo de la cúpula de la Compañía.

1881.

Se acuñan en todo este año en	
la casa de moneda de Guanajuato.....	\$ 4.208,180. 00
Iban acuñados en 31 de Diciembre de 1880.....	249.493,943. 35
	<hr/>

A la vuelta.....\$ 253.702,123. 35